

Henri Bergson*
Recopilación a cargo de
Roberto Meisel Lanner.
Docente de la Universidad
Simón Bolívar.

Tres impresiones sobre Descartes (3)

Recibido: 16/8/05

Aceptado: 26/10/05

PALABRAS CLAVE
Pensamiento, aritmética, cálculo,
estadística, coordenadas, número,
potencia.

RESUMEN: El espectáculo intelectual que ha brindado la existencia de Renato Descartes (1596-1650) resultó altamente provechoso para sus epígonos que procuraron, al captarle en su intensidad, enriquecer el sistema de operaciones fraguado, con el añadido de unas variables más, y brotó de esa manera una sucesión de modificaciones prodigiosas en el campo de la estadística y de la relatividad con las curvas de Gauss (el control de la frecuencia de una actividad en el tiempo a efecto de predecir los resultados o la media probable), los diagramas de Euler (la relación de implicación por medio de bosquejos), la enésima potencia de las coordenadas, sustitutiva de sus rectas (la medición de una actividad puntual con exactitud), e incluso sus variaciones mensurables que adquirieron en la práctica una importancia cada vez mayor en el caso de la temperatura corporal, de una cotización en la bolsa de valores o de las oscilaciones meteorológicas verbigracia. Por ende fue uno de los individuos más comprometidos con la puesta en marcha de la era moderna, la que se halla identificada por la llamada “cuantificación del trasegar”, ya que se suplió la figura por el número, y la devaluación constante de todos aquellos datos que no podían traducirse en relaciones aritméticas para arrimarse a la exactitud. Es suficiente atisbar una jornada rutinaria y prohijar cómo está dividida, evaluada, marcada o pautaada por las indicaciones o menciones de algunas intuiciones de tipo cartesiano y es ahí en donde es menester situar el ícono egocéntrico de Descartes con su elocuente mirada dubitativa sobre todas las cosas. El mejor homenaje que se le puede tributar a su excelsa sombra es mostrar cómo puede verse lo particular en lo general, y la parte en el todo sin necesidad de acudir a conceptos escolásticos de ninguna índole.

* Discurso pronunciado por Henri Bergson en la Sorbonne, en su nombre, con motivo de la inauguración del IX Congreso Internacional de Filosofía celebrado en París el 31 de julio de 1937.

Señores Delegados Extranjeros*

El comité de organización piensa, en su modestia, que es a mí a quien le corresponde darles la bienvenida y expresarles su agradecimiento por la aportación que hacen a la brillantez y a la importancia de este Congreso.

El nombre de “Descartes”, que se le ha dado, le confiere un notable significado. Ya conocen hasta qué punto los caracteres más nítidos y sensibles del espíritu francés han sido marcados por el pensamiento de este gran hombre. Esta es la razón por la cual la celebración de su gloria adquiere para nosotros el valor solemne de un acto nacional que a su manera define y realza la presencia del Jefe del Estado.

Les agradecemos, señores, su adhesión a nuestro homenaje y el que hayan venido a devolver a Descartes las visitas que él hizo a más de una nación. No ha existido mejor europeo que nuestro héroe intelectual, que se trasladaba de un lado a otro con tanta facilidad. Piensa o puede pensar: medita, inventa, calcula. Un poco en todas partes: en una habitación bien calentada en Alemania; en los muelles de Ámsterdam e incluso en Suecia, donde la muerte sorprendió al viajero que no dejó de perseguir la libertad de espíritu como el bien máspreciado a través de esta libertad

de movimientos.

Deseo, señores, que en Francia se sientan rodeados de la simpatía que nos complacemos en testimoniar a todos los hombres de ideas, y que se sientan en una estancia filosófica tan favorecidos como lo fue Descartes en los diversos lugares a los que le condujo su capricho.

Debo ahora extenderme sobre el objeto mismo de nuestra reunión, y tratar de Descartes en la medida de mis posibilidades y de la filosofía. Se trata de tocar ligeramente temas inmensos. Sin duda, los filósofos, que son necesariamente duros, han requerido ponerme a prueba lo mismo que se hace una experiencia en vivo; o bien han decidido inmolar una víctima inocente y propiciatoria en el Altar de la Razón.

En realidad, en cuanto me requirieron y comprometieron y fui consciente de la dificultad y de los riesgos de una tarea para la que no era el más indicado, de inmediato consideré el insuperable obstáculo de una prodigiosa cantidad de escritos. ¿Qué decir que no hubiera ya sido dicho? E incluso, ¿qué error inventar que al menos fuera virgen o qué abuso de interpretación que resultara inaudito?

Descartes... Pero ¿dónde está Descartes? Tras tres siglos durante los cuales tantos hombres de primer orden han repensado su pensamiento; tantos exégetas laboriosos lo han detallado y comentado; tantos maestros lo han

* Convencido de existir, Descartes creyó tener que imaginar que no existía otra certeza.

resumido para tantos escolares. No me atreveré a decirles que hay una infinidad de Descartes posibles, pero saben ustedes mejor que yo que contamos con más de uno; todos ellos testificados, textos en mano, y curiosamente distintos entre sí. La pluralidad de Descartes plausibles es un hecho. Ya se trate del *Método* o de las evoluciones metafísicas resultantes, existen y asombran la diversidad de juicios y la divergencia de opiniones. Sin embargo, Descartes es, por definición, un autor claro.

Como era de esperar, los puntos más sensibles y, en cierto modo, más interiores de esta filosofía son los más discutidos y los más diferentemente explicados.

Unos, por ejemplo, solamente descubren en Descartes un Dios conveniente que les sirve de garante de su certidumbre especulativa, y de primer motor. Pascal, con la clarividencia excesiva de la perfecta antipatía, coincidía plenamente con esta opinión.

Pero otros que lo conocen de otro modo, nos muestran un Descartes, sinceramente, sustancialmente, religioso. Nos dan a conocer, en los fundamentos del Método, bajo el edificio del conocimiento racional, una cripta abierta donde resplandece, dicen, un fulgor que no es una luz natural.

¿Pero existe para un hombre o un texto una gloria mayor que la de excitar las contradicciones? La verdadera muerte se define por el consentimiento universal. Contrariamente,

el número de rostros incompatibles que puede aplicársele a alguien pone de manifiesto la riqueza de su composición. ¿Cuántos Napoleones nos han dado a conocer? En lo que a mí respecta, no creo que realmente se pueda circunscribir una existencia, encerrarla en sus ideas y sus actos, reducirla a lo que parece y, por así decirlo, situarla en sus obras. Son muchos más (y en ocasiones muchos menos) que lo que hemos hecho. Conocemos por nuestra propia experiencia que nuestra identidad y nuestra unidad son como exteriores y casi extranjeras a nosotros. A un hombre que no se hubiera contemplado nunca en un espejo nada le indicaría a la primera mirada que ese rostro desconocido que veía se ajusta, por la relación más misteriosa del mundo, a lo que él por su parte se siente y se dice.

Por lo tanto, cada uno de nosotros puede hacerse su Descartes, ya que quienes se aplican a estudiarlo más de cerca, cuanto más atentamente consideran su objeto, más parecen alejarse unos de otros. Les repito, pues esta observación me parece bastante importante, que esta disensión es más acentuada en el punto más íntimo del pensamiento de Descartes.

Debo confesarles, señores, que esta división entre entendidos y autoridades en materia cartesiana me resulta sumamente agradable. Si no se ponen de acuerdo entre sí, el aficionado puede respirar y sentirse algo más dispuesto a dejarse guiar por su complacencia.

Y es que, en relación a estas cuestiones, solamente siendo una curiosidad muy libre que se interesa más por el espíritu mismo que por las cosas que se representan, se agitan y se determinan en ese mismo espíritu.

Mi atención natural se excita en el vano deseo de captar el trabajo propio del pensamiento. El tema, el problema, el alcance de este pensamiento solamente me importa por empeño. Las sustituciones, y las trasmutaciones que imagino se producen, las vicisitudes de la lucidez y de la voluntad, las intervenciones e interferencias que se producen, son las que hechizan al aficionado a la vida propia del espíritu. No deja de resultar ingenua esta singular preocupación de querer observar lo que observa e imaginar lo que imagina; hace pensar en esos antiguos grabados en madera, como los que se encuentran en *La dióptrica* de Descartes, que explican el fenómeno de la visión mediante un hombrecito apostado detrás de un gran ojo ocupado en contemplar la imagen que se forma sobre la retina.

Pero esta es una tentación invencible y no implica ninguna filosofía, ningún partido, ninguna conclusión, pues el espíritu por sí mismo, no cuenta con ningún medio para acabar con su actividad esencial y no tiene ningún pensamiento que sea para él un último pensamiento. La mecánica nos enseña que es imposible dar a un cuerpo sólido una forma tal que ese cuerpo, colocado sobre un plano

horizontal, no encuentre nunca su posición de equilibrio. Pero la mente ha resuelto el problema, haciéndonos demostraciones muy penosas y muy fatigosas durante nuestras horas de inquietud y nuestras noches de insomnio. El aficionado de la mente no hace otra cosa que gozar de esas fluctuaciones y combinaciones del intelecto en el que admira tantas maravillas: ve, por ejemplo, cómo, el desorden esencial engendra un orden momentáneo; nacer o construirse una necesidad a partir de una disposición arbitraria; al incidente crear la ley; a lo accesorio disipar lo principal.

Ve también al orgullo personal forjándose obstáculos imaginarios contra los cuales pueda gastar y medir las potencias de análisis y de atención que hay en él.

Llega entonces a pretender que no existe materia poética en el mundo más rica que esta: que la vida de la inteligencia constituye un universo lírico incomparable, un drama completo, donde no faltan ni la aventura, ni las pasiones, ni el dolor (que resulta ser de una esencia muy particular), ni lo cómico, ni lo humano. Asegura que existe un inmenso dominio de la sensibilidad intelectual, bajo apariencias tan despojadas a veces de los atractivos ordinarios que la mayoría se apartan como re-servas de molestias y de promesas difíciles de contener. Ese mundo del pensamiento, en el que se entrevé el pensamiento del pensamiento y que se extiende desde el misterio central de

la consciencia hasta la extensión luminosa en la que se excita la locura de la claridad, es tan variado, tan conmovedor, tan sorprendente por los golpes teatrales y la intervención del azar, tan admirable por sí mismo, como el mundo de la vida afectiva únicamente dominado por los instintos. ¿Existe entonces algo que pueda ser más específicamente humano, y más reservado al hombre más hombre, que el esfuerzo intelectual separado de toda práctica, y algo más puro y más audaz que su desarrollo en esas vías abstractas que se alejan a veces en forma tan extraña hacia las profundidades de nuestro posible?

Tal vez, en una época en la que no faltan ni la futilidad ni la inquietud, ni la facilidad ni la incoherencia, mantenidas y constantemente provistas de nuevos pretextos por los poderosos medios que ustedes conocen, no resultará inútil celebrar estos noveles ejercicios espirituales.

Pero, que yo sepa, hasta ahora la literatura ha tomado en poca consideración ese inmenso tesoro de temas y de situaciones. Las razones de tal negligencia son evidentes. Pero entre ellas debo distinguir una que ustedes conocen de maravilla. Y esta es la extrema dificultad que nos opone el lenguaje cuando queremos obligarle a describir los fenómenos de la mente. ¿Qué hacer con esos términos que no podemos precisar sin recrearlos: *Pensamiento*, la propia *mente*, *razón*, *inteligencia*, *comprensión*, *intuición* o *inspiración*?... Cada uno de estos

nombres es a un tiempo un medio y un fin, un problema y una solución, un estado y una idea; y cada uno de ellos es, en cada uno de nosotros, suficiente o insuficiente, según la función que le otorgue la circunstancia.

Ustedes saben que entonces el filósofo se hace poeta, a menudo gran poeta: Recurre a la metáfora y, mediante imágenes magníficas que hemos de envidiarle, convoca a toda la naturaleza para la expresión de su profundo pensamiento.

El poeta no es tan afortunado en sus intentos de realizar la operación recíproca. De vez en cuando me encuentro señores, imaginando sobre el modelo de la comedia humana, cuando no es sobre el de la *Divina Comedia*, qué podría realizar un escritor equiparable a esas grandes obras en el orden de la vida puramente intelectual. La sed de comprender y la de crear; la de superar lo hecho por los otros e igualarse a los más ilustres; en el lado opuesto, la abnegación de algunos y la renuncia a la gloria. Y después, el detalle mismo de los instantes de la acción mental: La espera del don de una forma o de una idea; la simple palabra que cambiará lo imposible en un hecho; los deseos y los sacrificios, las victorias y los desastres; y las sorpresas, el infinito de la paciencia y la aurora de una "verdad"; y esos momentos extraordinarios, como lo es, por ejemplo, la brusca formación de una especie de soledad, que se declara de golpe, incluso en medio de la

multitud, y cae sobre un hombre como un velo bajo el cual va a operarse el misterio de una evidencia inmediata... ¿Quién sabe?

Todo ello nos plantea una poesía de recursos inagotables. La sensibilidad creadora, en sus formas más relevantes y en sus producciones más raras, me parece tan capacitada para un determinado arte como lo patético y lo dramático de la vida ordinariamente vivida.

No puedo por lo tanto ocultarles, señores filósofos (a ustedes tampoco se les podría ocultar gran cosa), que esta manera de ver la mente conduce con bastante naturalidad a considerar la propia filosofía como un ejercicio del pensamiento sobre sí mismo; y esa mirada que se interesa por los actos interiores se satisface con el espectáculo de las transformaciones de ese pensamiento y de buen grado considera las conclusiones como simples incidentes, cortas pausas o calderones. Pero así es como debe aparecer ante el ojo del poeta el sistema del mundo espiritual, bien aislado aun cuando bien provisto de todas las ilusiones necesarias; no faltan en él ni las nebulosas verbales por resolver, ni los infinitos y las perspectivas que nos dibuja un espacio, que es, quizá, un *espacio curvo*.

La gran ventaja de esa idea preconcebida es que confiere la mayor generalidad posible en el tratamiento de las cuestiones intelectuales puras; observen, en particular, el interés que puede tener para la filosofía misma el que

parezca primero tratarla con mayor ligereza de la necesaria.

Tenga a bien pensar en el destino de todas las doctrinas que consideramos rechazadas, de las hipótesis y de las tesis que el avance del conocimiento, el incremento de precisión o el hábito de las precisiones y el descubrimiento de hechos completamente nuevos han vuelto vanas. Piensen en tantos escritos ilustres que plantean preguntas que ya no pueden plantearse, o que responden a preguntas que ya no podemos comprender. ¿Hemos de condenarlos a esa especie de muerte que constata una mención en la historia y una inscripción en los programas de las escuelas?

Con las momias no se discute. Sus nombres extraños únicamente pasan algunos malos momentos en la memoria de los escolares. Pero para verles recuperar, no todo su vigor, sino parte de la virtud que los ha dado a conocer, basta con pensar en el acto viviente de sus creadores y en la forma de ese acto, en su necesidad vital de antaño. Encontramos entonces que la refutación, los errores manifestados y el abandonado —incluso la cantidad de comentarios— aunque pueden extenuar, arruinar, agotar una filosofía, inutilizarla y hacerla incluso ininteligible para la época que sigue a su época, deben dejarle, puesto que los ha poseído una vez, su valor de estructura y su firmeza de obra de arte.

Tal vez me permita más adelante decirles por qué me parece que esta consideración debe

proponérsele —o mejor murmurársele— a un auditorio filosófico. Considero que la filosofía —disculpen mis palabras sobre mi ignorancia— se encuentra, como todo el resto de las cosas humanas de estos tiempos, en un estado crítico de su evolución, precisamente a causa de los extraordinarios progresos de las ciencias de la naturaleza.

No crean, señores, que en estos momentos me siento demasiado lejos de Descartes. Hablo sin cesar de él. Él es uno de los primeros y más emprendedores autores de este estado de las cosas humanas en esta vasta Comedia del Espíritu para la que desearía un Balzac, o bien un Dante, Descartes ocuparía un lugar en la primera fila. Pero en una obra de esta clase la muerte no pone en absoluto fin a la aventura de los personajes. En ocasiones su vida es solamente un prólogo a su indefinida carrera: es como la exposición de la tragedia de su pensamiento. Descartes se cuenta entre aquellos cuyo destino póstumo es de los más accidentados. Es ese gran hombre de los tiempos modernos que carece de tumba. Sus huesos se encuentran en alguna parte: no hay ninguna seguridad al respecto. Su supuesto cráneo se encuentra en el Museo de Historia Natural, donde tuvieron a bien facilitármelo dejándomelo sostener durante unos instantes. No tiene una estatua en París, como tampoco Racine, no me quejo de ello. Pero no entiendo cómo los escultores lo pueden soportar.

En cuanto a su obra, la aventura es bien distinta. Todo el mundo sabe que la parte puramente matemática de esa obra ha hecho algo más que sobrevivir por sí misma: tenía tal riqueza de vida, estaba tan cargada de porvenir, era tan luminosamente necesaria que se diría un descubrimiento antes que una invención, y nos resulta inconcebible que la ciencia, o mejor, el espíritu humano no hayan llegado a forjarse, mucho antes que Descartes, un medio de una importancia casi equiparable a la de las convenciones máspreciadas, como el número o el lenguaje. Pero, evidentemente, era necesario que la propia álgebra estuviera suficientemente fundamentada para permitir imaginar un sistema de correspondencia recíproca entre el número y la magnitud.

Las consideraciones de Descartes sobre este tema son del máximo interés, así como la manera de exponer la psicología de su creación, a la que vincula a la observación minuciosa realizada por él sobre los límites de nuestra atención. En Descartes es asimismo fundamental la intención de disminuir cada esfuerzo sustituyendo un tratamiento uniforme (a veces una especie de automatismo), por la obligación de inventar una solución especial para cada problema: esta es la esencia del Método. Este obtiene mediante su geometría el mayor acierto que haya podido tener un hombre cuyo genio se aplica a reducir la necesidad de genio y a efectuar una prodigiosa economía

de pensamiento. Buscar un método es buscar un sistema de operaciones exteriorizables que realice mejor que la mente el trabajo de la mente, y eso se aproxima a aquello que se puede obtener o concebir mediante mecanismos. Todas las máquinas sorprendentes que permiten calcular –integrar a gran velocidad– derivan directamente de la invención y de la intención cartesiana. A Descartes le llamaba mucho la atención que “un niño instruido en aritmética, habiendo realizado una adición según sus reglas, pudiera sentirse, respecto a la suma que examinaba, seguro de haber encontrado todo lo que puede encontrar la mente humana”; y cuando demostró que operando sobre las proyecciones de un punto del espacio mediante las reglas del álgebra se encontraba, gracias a escrituras bien dirigidas, todo aquello que se deseaba saber en lo tocante a las figuras y a sus propiedades y, además, cantidad de analogías o de relaciones que ninguna intuición habría descubierto, enriqueció súbitamente a ese afortunado niño, convertido en un joven, con conocimientos que ni los mejores geómetras anteriores habrían siquiera sospechado.

No es imposible que, ante esta creación de la totalidad de lo posible geométrico, el alma de Pascal sintiera un acceso de amargos celos. Todo el arte profundo que sentía en sí para resolver las cuestiones particulares de geometría quedaba disminuido en cuanto a los resultados.

Ni el propio Descartes podía imaginar el desarrollo que alcanzaría su inagotable artificio, un conjunto innumerable de descubrimientos, un transfinito de ideas se ha librado sobre esos ejes ilustres a la extraña potencia del espíritu geométrico, que aumentaba indefinidamente a través del análisis más y más exquisito que hace de sí mismo, descubre tesoros escondidos en la aparente evidencia de sus primeros axiomas, en la estructura de sus operaciones más sencillas, y desmonta hasta el mecanismo de esos “grupos” que constituyen el elemento más primitivo y más abstracto de nuestra intuición del espacio.

Pero ningún prodigio procedente de su genio sabría sorprender al magnífico orgullo de nuestros Descartes. E incluso, si concediéndoles la geometría, nos apresuráramos a oponerle sus errores en la mecánica y en la física, no me sorprendería en absoluto que encontrara en la seguridad de su ambicioso pensamiento alguna respuesta al estilo Corneille.

“Era necesario que alguien se equivocara, nos diría, pero que se equivocara como solo yo podía hacerlo. Nadie antes que yo había pensado en un universo totalmente representado por la matemática, un sistema del mundo que fuera un sistema de números. No he buscado la oscuridad; nada de fuerzas ocultas. Ninguna acción a distancia: no sé lo que es. Pero según parece el estadio último de sus ciencias, una geometría de las más sublimes, bisnietas de la mía, por fin los libera de la atracción. Eso

está en el espíritu de mi obra. Se han burlado mucho de mis torbellinos y de mi materia sutil, como si, un siglo y medio después de mi muerte, no se siguieran explicando los imanes y el movimiento de la luz por la actividad de un medio adornado de pequeñas peonzas en rotación.”

Pido disculpas por haber hecho hablar libremente a la gran Sombra. Tal vez volvería a plantearse el famoso asunto de la cantidad de movimiento. Tal vez ha preferido callarse y dejarnos a nosotros la tarea de procurarle una especie de defensa. ¿No es acaso el deber de una piadosa posteridad?

A Descartes corresponde el insigne honor de haber sido el primer constructor de un universo enteramente métrico, sirviéndose de concepciones —digamos imaginaciones—, que permitían tratarlo como un mecanismo desmesurado. A Pascal, una vez más, le disgustaba ese designio que su mente, más lógica que intuitiva, rechazaba al unísono con sus sentimientos. En resumidas cuentas, su apuesta era que el proyecto estaba destinado al fracaso; y es verdad que los torbellinos y todo lo demás no pudieron hacer carrera. En cambio, la idea de una física universal ha ido en aumento. Aun cuando el mundo de Descartes no haya perdurado, ¡cuántos otros han ido a dar con él! Se han sucedido. El universo de las acciones a distancia; los éteres diversos, de Fresnel, de Maxwell y de lord Kelvin; el sistema

completamente energético de hace cincuenta años. Pero cada uno de esos vasos rotos, que no han podido contener el mundo, ha dejado algún resto hermoso. Hasta ese perezoso célebre de Maupertuis, por esas vueltas de la suerte no previstas por Voltaire, encontró alguna utilidad para su más mínima acción, lo cual no quiere decir que no se quedara pasmado ante lo novedoso del sentido que se le da.

Pero todavía quiero, por mi cuenta y riesgo, decir esto a favor de nuestro Descartes. Físico del Universo, que pretende someter a una representación matemática, se ve obligado a imponerle condiciones que se expresan mediante ecuaciones. Por sí misma, la fórmula matemática le impone descubrir alguna magnitud que permanece inalterable ante las transformaciones de los fenómenos.

Cree captarla en el producto de la masa mediante la velocidad. Leibniz descubre el error. Pero se había introducido en la ciencia una idea fundamental, la idea de *conservación*, idea que, de hecho, sustituía a la noción confusa de causa, una noción simple que puede parecer bastante clara. Esta idea ya se encuentra infusa en la geometría pura en la que, para fundamentarla, es preciso suponer que los sólidos no se alteran en sus desplazamientos. Conocemos el destino cambiante de esta idea de constancia. Podemos decir que, a partir de Descartes, no hemos hecho otra cosa que cambiar lo que no cambia: conservación de la cantidad de movimiento,

conservación de la masa y de la energía; hemos de reconocer que las transformaciones de la conservación de la fuerza viva, conservación de la masa y de la energía; hemos de reconocer que las transformaciones de la conservación son bastante rápidas.

Pero he aquí que, hace aproximadamente un siglo, el famoso descubrimiento de Carnot obligó a la ciencia a inscribir el signo fatal de la *desigualdad* —que durante algún tiempo pareció condenar al mundo a una inevitable ruina— junto al de la *igualdad*, que el sentido puramente matemático de Descartes había intuido sin designarlo con exactitud. No sé muy bien lo que en la actualidad se conserva... pero pienso que se puede añadir a esta defensa de Descartes la observación, quizá ingenua, de que para escribir su fórmula conservadora había compuesto los constituyentes del movimiento en forma de *producto*; ahora bien, esta *forma*, que él planteó mal, sería la forma, en cierto modo natural, de todas las expresiones de la energía.

En cuanto a la fisiología, señores, a la que según parece se dedicó prioritariamente al término de su existencia, da prueba de la misma voluntad de construcción que domina toda su obra. Hoy resulta fácil hacer burla de ese maquinismo, simplificación grosera e ingenuamente detallada. Pero ¿qué podía tentar al hombre de esa época? Nos resulta increíble, casi una vergüenza para el espíritu humano,

casi un insulto a la inteligencia observadora del hombre, que el hecho que nos parece tan manifiesto, tan fácil de descubrir, como la circulación de la sangre, no se demostrara hasta los tiempos de Descartes. Descartes no dejaría de sorprenderte por este fenómeno mecánico y encontraría en él un poderoso argumento para su idea del autómatas. Pero, aun cuando sabemos mucho más, de momento el aumento de ese saber más bien nos aleja de una representación satisfactoria de los fenómenos de la vida. La biología, como el resto, va de un nuevo medio a otro nuevo medio de investigación. Nos parece que nos es imposible pensar en detenernos por un momento en esta pendiente fatal de descubrimientos para hacernos, un día determinado, a una hora determinada, una idea establecida del ser viviente. Nadie puede hoy quedarse en esa intención y poner manos a la obra. Pero en tiempo de Descartes no resultaba absurdo pensarlo. Las únicas razones para no hacerlo eran metafísicas, es decir, *de las que se puede hacer tabla rasa*; pero nosotros tenemos en contra la cantidad y lo desconocido de las posibilidades experimentales. Por lo tanto tenemos que resolver problemas cuyos datos y cuyo enunciado varían a cada instante de forma imprevisible. Suponiendo el proyecto concebido de darse cuenta del funcionamiento vital y, suponiendo también que con Descartes rechazábamos las fuerzas ocultas y las entidades (de las que se hacía ya amplio uso en

medicina), hallamos, simultáneamente, que era necesario que él tomara de la mecánica de entonces todo su material de pompas y de fuelles para imaginar un organismo capaz de las funciones principales o más aparentes de la vida.

¿Pero acaso no es esta una consideración a extender a toda nuestra opinión sobre Descartes: una defensa de su gloria y un método para imaginarlos dignamente?

Hemos de llegar a sentir las exigencias y los términos de su pensamiento de forma tal y con tal resultado que, por último, pensar en él sea, inevitablemente, pensar en nosotros. Ese sería el mayor de los homenajes.

Por ello me pregunto qué es lo que más me sorprende en él, pues eso es precisamente lo que todavía puede y debe perdurar. Aquello que en su obra me arroja hacia mí mismo y mis problemas, es lo que comunica a esa obra mi propia vida. Confieso que de este modo no es su metafísica la que puedo reavivar, y tampoco su Método, al menos tal y como lo enuncia en el *Discurso*.

Lo que me encanta en él y le da vida es la conciencia de sí mismo, de todo su ser concentrado en su atención; conciencia penetrante de las operaciones de su pensamiento; conciencia tan voluntaria y tan precisa que hace de su Yo un instrumento cuya infalibilidad depende únicamente de ese grado de conciencia que tiene.

Se percibe de inmediato que esta opinión, que les ofrezco sin defensa, conduce a juicios un tanto particulares, así como a una distribución de los valores de los trabajos de Descartes; en él, los *problemas que nacen de él mismo*, los que le han acicateado y ha sentido como necesidad personal, problemas *que no hubiera inventado*, que fueron de alguna manera, necesidades artificiales de su espíritu. Cediendo tal vez a la influencia de su educación, de su medio, de la preocupación por parecer un filósofo lo más completo posible, que debe darse respuesta a todo, pienso que habría dedicado su voluntad a satisfacer esos requerimientos secundarios que parecen lo bastante ajenos o exteriores a su verdadera naturaleza.

Observen tan solo que triunfa ante toda pregunta a la que puede responder mediante el acto de su Yo. Su Yo es geómetra. Sin insistir sobre este pensamiento, diré con reservas, que la idea esencial de su geometría es característica de toda su personalidad. Se diría que en toda materia ha tomado ese Yo tan fuertemente resentido como punto de origen de los ejes de su pensamiento. Comprobarán que tengo en poca la parte considerable de su obra consagrada a todos los temas cuya existencia o importancia ha aprendido *a través de los otros*.

Estoy seguro, señores, de equivocarme. Todo me convence, y tan solo siento no encontrarme en situación de poder respaldar esta impresión.

No puedo dejar de suscribir aquello que me impone, a mí, el personaje de nuestro héroe. Pienso que no se encuentra a gusto en ciertas materias. Razona largamente; vuelve sobre sus pasos; se desembara como puede, de las objeciones. Tengo la impresión de que entonces se siente alejado de su deseo, infiel a sí mismo y que se cree obligado a pensar en contra de la esencia de su pensamiento.

¿Qué es entonces lo que leo en el *Discurso del Método*?

No los principios mismos que pueden retenernos largo tiempo. Lo que llama mi atención, a consecuencia de la encantadora narración de su vida y de las circunstancias iniciales de su investigación, es su presencia misma en ese prelude de una filosofía. Es, si se quiere, el empleo del *Yo* y del *Mi* en una obra de esta clase, y el sonido de la voz humana; y es esto, quizá, lo que se opone con mayor nitidez a la arquitectura escolástica. El *Yo* y *Yo* teniendo que introducirnos a formas de pensar de una total generalidad, ese es mi Descartes.

Tomando de Stendhal una palabra que introdujo en nuestra lengua, variándola un poco para mis fines, diría que el verdadero Método de Descartes debería llamarse *egotismo*, el desarrollo de la conciencia para los fines del conocimiento.

Entonces descubro sin problemas que lo esencial del *Discurso* es la pintura de las condiciones y de las consecuencias de un acon-

tecimiento, de una especie de golpe de Estado, que libera a ese Yo de todas las dificultades y de todas las obsesiones o nociones parásitas en él, que lo gravan sin haberlas deseado ni haberlas encontrado en sí mismo. En el fondo, la duda sobre su existencia le parece bastante ridícula. Esa duda es un estado de ánimo conforme al gusto del momento. Eso se llevaba entre Montaigne y Hamlet. Pero apenas quiere la mente expresarlo nítidamente, descubre sin el menor esfuerzo que ese pequeño verbo *Ser* no posee ninguna virtud particular, que su única función es la de unir; y que decir que no es, es lo mismo que decir que se es. Nadie dice: “Yo soy”, a no ser en cierta actitud muy inestable y por regla general aprendida, y entonces se afirma con una gran cantidad de sobreentendidos: requiriendo a veces un extenso comentario.

Descartes no habría inventado la duda sobre su existencia, él no dudaba de su valor. Conocía profundamente, el valor de su Yo, y cuando dice: “Pienso” quiere decir que es Descartes quien piensa y no cualquier otro.

No hay silogismo en el *Cogito*, ni siquiera hay un significado literal. Lo que hay es un abuso de autoridad, un acto reflejo del intelecto, un ser viviente y pensante que grita: ni siquiera hay un significado literal. Lo que hay es un abuso de autoridad, un acto reflejo del intelecto, un ser viviente y pensante que grita: *¡Ya basta! Vuestra duda no arraiga en mí. Me*

crearé otra que no sirve para nada, la llamaré una duda metódica. Tendrán que sorportar en primer lugar que la inflija a sus proposiciones. Sus problemas no me llevan a ninguna parte; que *yo exista*, en una determinada filosofía, o que *yo no exista*, en otra, no cambia nada, ni en las cosas, ni en mí, ni en mis poderes, ni en mis pasiones...

Y esto no es todo lo que podríamos extraer imaginariamente de ese famoso *Cogito*, admirable si Descartes lo hubiera descubierto en un sueño. Lo que después de todo no es imposible...

Añadiré una impresión personal a todo lo que ya he dicho. Volviendo a Stendhal, este nos cuenta, no recuerdo dónde, que Napoleón, en momentos críticos de extraordinaria existencia, se decía –o debía decirse–: “¡entonces, como entonces!”. Y esto le servía de acicate.

El *Cogito* me produce el efecto de una llamada de Descartes a sus poderes egotistas. Lo repite y lo retoma en varias partes de su obra, como la toma de su Yo, una llamada al orgullo y al coraje de su mente. Ahí radica el encanto –en el sentido mágico del término– de esta fórmula tan comentada cuando, me parece, bastaría con sentirla. Las entidades se desvanecen al sonido de estas palabras; la voluntad de potencia invade al hombre, hace resurgir al héroe, le recuerda su misión personal, su fatalidad propia; y también su diferencia, su injusticia individual. Pues al fin y al cabo es

posible que el ser destinado a la grandeza tenga que volverse sordo, ciego e insensible hacia todo aquello que –incluso verdades, incluso realidades– atravesase su impulso, su destino, su camino de crecimiento, su luz, su línea del universo.

Y, en última instancia, cuando el sentimiento del Yo toma esta conciencia y este dominio central de nuestros poderes, cuando se hace deliberadamente sistema de referencia del mundo, hogar de referencias creadoras que opone a la incoherencia, a la multiplicidad, a la complejidad de ese mundo, así como a la insuficiencia de las explicaciones recibidas, sintiéndose alimentado por una sensación inexpressable. Las similitudes dejan de ser válidas, los medios del lenguaje expiran y la voluntad de conocer se dirige, se absorbe y no vuelve más hacia su origen porque ya no existe objeto que la refleje. Deja de ser pensamiento...

En suma, señores, el verdadero deseo de Descartes tenía que ser el de llevar a su más alto grado lo que consideraba más fuerte y susceptible de generalización en él. Por encima de todo quiere explotar su tesoro de deseo y de vigor intelectual, y *no puede querer otra cosa*. Tal es el principio sobre el que ni los propios textos prevalecen. Es el punto estratégico, la clave de la posición cartesiana.

Ese gran capitán de la mente encuentra en su camino obstáculos de dos clases. Unos son los problemas naturales que se le plantean a todo

hombre que viene al mundo: los fenómenos, el universo físico, los seres vivos. Pero existen otros problemas, que están curiosamente, casi arbitrariamente, ensamblados con los primeros, que son esos problemas que no habría imaginado, que le vienen de las enseñanzas, de los libros, de las tradiciones recibidas. En fin, existen las conveniencias, las consideraciones, los impedimentos, cuando no los peligros, de orden práctico y social.

Contra todos esos problemas y obstáculos, el Yo, y en ayuda de ese Yo, esas facultades. Una de ellas ha dado prueba de sus aptitudes: se puede confiar en ella, en sus procedimientos, infalibles cuando sabe uno servirse de ella, en la imperiosa obligación que impone de dejarlo todo en claro y de rechazar aquello que no se resuelve en operaciones bien distintas: se trata de la matemática.

Ahora ya puede entrar en acción. Un discurso, el de un jefe, la precede y la anuncia. Y la batalla se perfila. ¿De qué se trata? ¿Cuál es el objetivo?

Se trata de mostrar o de demostrar lo que puede un ¿Yo? ¿Qué va a hacer ese Yo de Descartes?

Como no conoce sus límites querrá hacerlo todo y rehacerlo todo. Pero primero, tabla rasa. Todo aquello que no procede de mí. Yo, ni puede jamás proceder, son solo palabras. Todo aquello que solamente se resuelve en palabras, que se resuelven en sí mismas en

opiniones, en dudas, en controversias o en simples similitudes, todo eso no resiste ante ese Yo y carece de fuerza comparable. Y ese Yo encontrará por sí solo, si es necesario, su propio Dios; y será un Dios tan nítido y tan convincente como debe serlo un Dios para ser el Dios de Descartes. Un Dios “necesario y suficiente”, un Dios que satisfaga a Descartes como satisfacía el suyo a Bourdaloue: *“No sé si estáis contento conmigo, dice ese ilustre religioso, pero en cuanto a mí, Dios mío, debo confesaros, para orgullo vuestro, que estoy contento con vos y que lo estoy perfectamente. Pues, decir que estoy contento con vos, es decir que sois mi Dios, porque solo hay un Dios que pueda contentarme.”*

Y en relación con los problemas que he llamado naturales, en ese combate por su claridad, desarrolla esa conciencia lúcida que llama su Método y que ha conquistado magníficamente un imperio geométrico sin límite.

Quiere ampliarlo a los fenómenos más diversos; va a rehacer toda la naturaleza y, para ello, para hacerla racional, despliega una sorprendente fecundidad de imaginación. Esto es propio de un Yo cuyo pensamiento no quiere ceder a la variación de los fenómenos, a la diversidad misma de los medios y de las formas de la vida...

¡Qué hombre! ¿No habría sido mejor no confiar a un poeta la difícil tarea de

ensalzarlo?...

Pero puesto que ha sido así, continuaré esta especie de análisis inventivo preguntándome cómo sería un Descartes nacido en nuestra época. Solamente es un juego.

Pero ¿qué tabla encontraría hoy que pudiera hacer rasa? ¿Y cómo podría acomodarse a una ciencia que se ha hecho imposible abarcar, que depende ya de un material inmenso y en constante aumento; una ciencia que de alguna manera, a cada instante se encuentra en un equilibrio móvil con los medios que posee?

No hay respuesta. Pero considero que estas preguntas tienen su valor.

El individuo se convierte en un problema de nuestro tiempo; la jerarquía de las mentes se convierte en una dificultad de nuestro tiempo, en el que existe una especie de crepúsculo de semidioses, es decir, de esos hombres diseminados en la duración y sobre la Tierra, a quienes debemos lo esencial de aquello que llamamos cultura, conocimiento y civilización.

Por ellos he insistido sobre la personalidad fuerte y temeraria del gran Descartes, cuya filosofía tiene, quizá, menor valor para nosotros que la idea que nos presenta de un magnífico y memorable Yo. *Convencido de existir, Descartes creyó tener que imaginar que no existía otra certeza.